

en la Pátria de los Santos, el Paraíso; mas esa corona no podrá ceñir nuestra frente, en tanto que, ingratos á nuestro amoroso Señor, no merezcamos aquellas gracias que son capaces de facilitarnos el ingreso á la Ciudad eterna. Dios ha derramado sobre nosotros la abundancia de sus misericordias. Habiendo sido nosotros todos, *ab eterno*, el objeto de sus ternuras, desde nuestro nacimiento hasta este dia, él no ha cesado de derramar sobre nosotros, con mano pródiga, sus beneficios; ha cuidado, amoroso, de nuestra alma y de nuestro cuerpo, lo mismo respecto de lo físico, como respecto de lo moral, tanto de nosotros, como de todas nuestras cosas; y nos ha protegido con su poder, nos ha socorrido con su sabiduría, y siempre nos ha mirado con ojos de amor. Y sin embargo, tantas gracias, mis amados hermanos (no os extrañe mi lenguaje); tantas gracias, repito, no son todavía suficientes. Otras tantas necesitamos en los breves dias que nos quedan de vida, otras tantas en la hora de nuestra muerte, otras tantas en el momento terrible en que debemos presentarnos ante el divino tribunal.

Empero, amados hermanos; ¿pudierais, acaso, lisonjearos, desde ahora, de obtener esas gracias posteriores? ¿Poseeis, por ventura, la fundada esperanza de alcanzarlas de la bondad del Altísimo? Un solo camino os resta para llegar á tal certidumbre; la gratitud por los beneficios anteriormente recibidos. Hé ahí la sublime virtud, que hará que se cumplan en vosotros las misericordias del Señor; hé ahí la virtud que atraerá sobre vosotros, casi estoy por decir á viva fuerza, los favores del cielo. Gratitud, pues; pero, esa gratitud debe ser expresada con alabanzas sinceras, con acciones de gracias afectuosas. Sea esa una gratitud, que se reconozca y se manifieste por medio de una vida atemperada enteramente á la observancia de la ley santa de Dios, consagrada al cumplimiento de los deberes individuales, á la satisfaccion, en todas las cosas, de la voluntad del Altísimo. Y Dios, entónces, no podrá ménos de mirarnos con ojos benignos, y de derramar sobre nosotros, sin medida, otras divinas manifestaciones.

¡Ah! por piedad, iluminadnos Vos, oh misteriosa Campanilla! oh Virgen reconocidísima! iluminadnos, sí, para que reconociendo nosotros, por fin, las gracias infinitas que hemos recibido y estamos recibiendo todos los dias de Dios, sepamos tributarle el debido reconocimiento. Haced, que iluminados con vuestro ejemplo, reconozcamos que el único medio para merecer nuevas mercedes, es el reconocimiento y la gratitud. Empero, haced ¡oh María! que esa gratitud, ese reconocimiento sean verdaderos, que sean sinceros; que no consistan en palabras vacías de sentido y en vanas expresiones, sinó en

obras. Dios nos ha dispensado sus beneficios para que le sirvamos con fidelidad. Alcanzadnos, pues, esa fidelidad, con la cual, sometidos á su querer, obedientes á sus leyes, y adictos á sus mandatos, podamos recibir el supremo de sus dones, el último de sus beneficios, la gloria eterna.

DIA TRECE.

LA ESPINALBA,

Ó SEA:

LA CONFIANZA.

Spes non confundit.
La esperanza no burla.
(ROM. V, 5.)

Llenaos de júbilo ¡oh vosotros, que pasais vuestra vida en el llanto, la afliccion y el dolor! Dad ya de mano á la tristeza, enjugad las lágrimas de vuestros ojos ¡oh vosotros, que gemís bajo el peso de la adversidad y la miseria! Entonad himnos de júbilo, ¡oh vosotros todos, los que sois objeto de las calumnias de vuestros rivales, de los sarcasmos de los impíos, de los acerados dardos de vuestros implacables enemigos, y que pasais los miserables dias de vuestra existencia, harto abrumados por los sufrimientos y los lamentos!

Mas, ¿qué motivo os ofrezco yo, en este instante, en que fundar vuestro júbilo y vuestro alborozo? ¿qué prenda os doy para levantar del abatimiento á vuestros apesadumbrados corazones?

Una flor, mis amados hermanos, nada más que una flor. Pues, ¿qué! ¿si cuando la tristeza está apoderada de vuestros ánimos, yo os presentara una flor de tal suavidad en sus perfumes, de tal belleza en su aspecto, tan linda en su figura, y de tal brillo en su colorido, que os causase un movimiento involuntario en vuestro rostro, ¿ese

movimiento no fuera acaso prueba harto clara, de que con ella yo hubiera logrado infundir en vuestros corazones el contento, la alegría, el consuelo y el aliento? Y si esa flor la vierais brotar majestuosa de un tronco, cubierto enteramente de punzantes y agudas espinas, vivir olvidada en los lugares más escabrosos y apartados, ignorada y sin ser notada por mirada alguna, á la sombra de espesos bosques y de frondosas selvas; decidme: ¿no sentiriais vuestro pecho descargado de todos sus pesares y de toda su amargura? Al observar que dicha flor crece, oprimida por la sombra de los frondosísimos árboles que la rodean, que parece hacer alardé de sus encantos, por más que se halle como abandonada y desvalida; que sale de un tronco punzante y espinoso; ¿no os diria todo ello, por ventura, con bastante elocuencia, que aún en medio de las espinas de las más terribles tribulaciones, que aún entre el más triste abandono, hasta en la sombra de las contradicciones y de las cruces germinan místicas flores, causa de consuelo y de alegría?

Mas toda vez que yo, ahora, acabo de revelaros el arcano que se encierra en esa flor, saludadla vosotros, pues, ahí, sobre aquella Ara sacrosanta, en aquella Imágen sacratísima. ¡Oh! cuán bella es! cómo nos alienta! cómo nos excita á la más firme confianza, á la más cristiana esperanza! El nombre de dicha flor es Espinalba, ó espinó blanco, como mejor os plazca llamarla. Su tronco es rojizo, sus ramas consistentes, y sus hojas brillantísimas. Rodéanla numerosas espinas las más punzantes, dispuestas en forma de cruces, así en sus troncos como en su ramaje. Empero, en medio de esas espinas espesísimas, entre las puntas de esas cruces misteriosas, ¡ah! vuestra mirada permanece atónita al observar el magnífico trabajo, por el cual, las hojas alternas y semi-aladas se distinguen por aquel exceso de hojuelas oblongas, lijeramente recortadas y recamadas en sus extremidades, semejantes á un bordado el más sorprendente y perfecto. Y en medio de la abundancia y las maravillas de aquellas hojas ¡oh! todavía vuestro corazón se alienta más en vista de aquellas flores, semejantes por su figura á la rosa, tan blancas como la nieve en sus matices, superiores, por la suavidad de sus perfumes, á toda otra flor, dispuestas en unos grupos tan maravillosos, que pudieran creerse la obra de la humana industria, de una mano artística, de un génio el más experto é inteligente. ¡Oh! sí, os lo repito; saludad á esa flor sobre aquella Ara sacrosanta, en aquella Imágen sacratísima.

¡Oh Espinalba celestial! y ¿qué enseñanza quereis darnos, pues, con vuestras flores, que crecen en medio de las espinas? ¿Qué sen-

timientó quereis despertar en nuestros corazones con vuestro misterioso llamamiento? ¡Ah! amados hermanos; María nos manifiesta la sublime virtud que cultivó en su corazón, rodeado de las espinas de las tribulaciones y de las cruces. María quiere excitarnos con su ejemplo á la inquebrantable esperanza, á la firme y cristiana confianza que hemos de tener en nuestro Dios; en aquel Dios, que hace nacer sus flores en medio de las espinas; que sabe revestirlas de majestad á la sombra de los matorrales; que las cubre de gloria, bien que se hallen abandonadas de todos. Sí, mis amados hermanos; la confianza en el Señor, hé aquí el ejemplo que en esta noche ofrece María á nuestra consideracion. La confianza en el Señor, hé aquí la flor que debe germinar lozana en medio de las aflicciones de nuestro corazón. La confianza en el Señor, hé aquí el único medio para alcanzar todo bien, y para preservarnos de todo mal. ¿Dudais, acaso, de ello? Escuchad, pues, mis palabras, y más que los argumentos, os convencerán de tal verdad los ejemplos de María; pero ántes imploraremos los auxilios de la gracia. A. M.

La confianza en el Altísimo fué y será la inagotable fuente, el perenne manantial de los bienes, del consuelo y del aliento. Si ahora yo quisiera, hermanos míos, aducir todos los testimonios de la divina Escritura á propósito para comprobar mi argumento, no pudiera ciertamente citarlos todos, ni aún cuando empleara en ello todo el tiempo que me es concedido para pronunciar este discurso. Yo confiaré en el Señor, dice el real Salmista, y él será mi firme apoyo, mi asilo y mi libertador. Yo no vacilaré, esperando en el Señor. ¡Oh vosotros, los que teneis puesta en el Señor vuestra esperanza; portaos varonilmente y tened buen ánimo. Aunque se acampen ejércitos contra mí, no temblará mi corazón: aunque me embistan en batalla, entónces mismo mantendré yo firme mi esperanza, ¡Oh pueblos! entendedlo, pues, de una vez; más vale esperar en Dios que en los hombres. Las almas que tienen puesta en el Señor su esperanza, dice el profeta Isaías, adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán; toda vez que la fortaleza del alma estriba en la confianza. *In spe erit fortitudo vestra* (I. xxx, 15). Yo confiaré en tu bondad, dice Job al Señor; aún cuando tu mano se levante para matarme. Mas ¿por qué es preciso tener tanta confianza.....? Porque salva será, dice Jeremías, el alma de todo aquel que se hubiere abandonado en manos del Señor; porque, añade el Eclesiástico, el alma de aquel que confía, será blanco de la divina misericordia, quedará llena de los

consuelos celestiales; porque, finalmente, concluye el Apóstol, la esperanza no burla.

¿Qué os parece, amados hermanos, de tales expresiones? ¿Cómo dejarais, pues, de prometeros de tal confianza todo vuestro bien? ¿Y acaso, pudierais creer aún, que nuestro Dios sólo atiende al cuidado de nuestra alma? ¡Ah! no: os engañaríais, ciertamente, si así lo pensarais. Dios es el Padre amoroso de las almas, lo mismo que de los cuerpos; obras suyas son nuestros cuerpos; obras suyas nuestras riquezas; obras suyas nuestros intereses, nuestra gloria, nuestra fama, nuestra salud y nuestra vida. Yo nunca he visto abandonado el justo, ni jamás pude observar que su descendencia careciera de pan, dice el real Salmista. ¡Ah! es, pues, el Redentor mismo el que así nos amonesta, mis amados hermanos: No andeis, por lo tanto, solícitos, diciendo: ¿qué comeremos? ¿cuál será nuestra bebida? ¿cómo cubriremos nuestra desnudez? ¡Ah! callaos ya; harto sabe vuestro Padre, que teneis necesidad de todas esas cosas: *Scit enim Pater vester quia his omnibus indigetis* (MATTH. VI, 32).

¿Cómo, pues, amados hermanos, os veo en tal incertidumbre respecto del presente, y tan preocupados respecto del porvenir? ¿Cómo os veo tan tristes y afligidos, tan recelosos y tan amilanados? Decidme, pues, hermanos míos, no me lo ocultéis; ¿qué es lo que os abate y aflige de tal manera vuestros ánimos? ¿Acaso el poder de tal ó cual impío, la audacia de tal ó cual malvado, las calumnias de algun envidioso, la injusticia de algun juez, la codicia de algun tutor, la ambicion de algun magnate, la crueldad de algun poderoso? Empero, ¡Dios de bondad! ¿y quién pudiera aseguraros, que todos vuestros enemigos no están labrando su propia ruina para vuestra propia exaltacion? ¿Ignorais, por ventura, que la accion del Dios proveedor no es siempre visible y manifiesta; que suele ocultarse bajo el velo de las causas secundarias; que acaso se sirve de la impiedad misma para exaltar á sus justos? ¿No fué, por ventura, la envidia de sus hermanos lo que engrandeció á José? ¿No fué el ódio de Saul lo que elevó á David á tan altos honores? Y la obra misma de la humana Redencion, ¿no fué acaso, el efecto de la impiedad de los Judios? Vosotros sois débiles, es cierto; y vuestros declarados enemigos son muy poderosos; mas ¿ignorais, por ventura, que en las manos de Dios el poder es debilidad, y la debilidad es fortaleza? ¿Qué es, pues, lo que contrista vuestros corazones? ¿Acaso la experiencia de lo pasado, las desgracias sufridas, las injusticias experimentadas, las defraudadas esperanzas?

¡Ah! mis amados hermanos, decidme: ¿estais, pues, bien ciertos,

de que obteniendo el ambicionado empleo, evitando la temida enfermedad, y supeditando al envidioso émulo, no os hubierais acarreado daños infinitamente mayores respecto de vuestras almas y para la eternidad?

¡Ea, pues, salgamos de esa baja esfera! fijemos ya nuestros ojos en aquella pátria celestial, en donde nos aguarda una eternidad de contentos! Pensemos en el Paraiso, sí, en el Paraiso, hermanos míos; allí es donde deben de ser descubiertas las injusticias, desenmascarados los fraudes, confundida la calumnia, vencida la impiedad, castigado el delito y recompensada la virtud. Allí hemos de hallar la satisfaccion de las injurias; allí nos será devuelto lo perdido; allí seremos premiados con un premio eterno. Pensemos en el Paraiso, sí, en el Paraiso. Volvamos al Paraiso nuestras miradas y apartémoslas de la tierra; dirijamos al Paraiso nuestras aspiraciones, y apartémoslas del mundo. Ármense, pues, en buen hora nuestros enemigos contra nosotros, amenácenos con la muerte; nosotros presentaremos intrépidos nuestros pechos á las espadas: desencadénense enhorabuena las tempestades, y nos amenazen con sumergirnos; nosotros permaneceremos inmóviles como los peñascos en medio de las olas. Nosotros no temeremos la muerte, despreciaremos la vida, no temeremos la miseria, no codiciaremos las riquezas. Siendo débiles, lo podremos todo en Aquel, en el cual está fija nuestra mirada; siendo miserables, lo poseeremos todo en Aquel, hácia el cual está dirigido nuestro pensamiento; siendo ignorantes, lo sabremos todo en Aquel, en el cual reposa nuestro corazon, En nuestra propia confianza hallaremos todo bien, todo consuelo, todo refrigerio.

Volvamos por un momento nuestra mirada hácia María, mis amados hermanos. ¡Oh! qué ejemplos tan luminosos nos ha dejado ella de confianza y de fé en su Dios! Seguid, pues, el hilo de mi discurso, por un momento, con vuestro pensamiento, mis amados hermanos. Habiendo sido fecundada por el Espíritu Santo, María habia ya concebido el Hijo del Altísimo; ella estaba en cinta de su Dios. Mas ¡ay! esa obra, que podemos llamar la más sublime de Dios; esa obra, en la cual sólo tuvo parte la divinidad; esa obra, destinada á devolver la paz á la tierra y al universo entero, el consuelo y la alegría ¡ah! por María solamente yo la miro cambiarse.... ¡Dios de santidad y de sabiduría! ¿y quién pudiera ser tan temerario para osar excudriñar los acontecimientos futuros? ¿Quién pudiera ser tan nécio, que por los hechos presentes se atreva á vaticinar el porvenir? ¿Quién puede ser tan insensato, que no tema para su propia grandeza, cuando en tus manos ¡oh Señor! tus obras mismas están enderezadas á tan diver-

sos fines? ¿Quién hubiera podido sospechar, que el embarazo de María había de convertirse para ella en corona de punzantísimas espinas, que debían traspasar y destrozarse su inmaculado corazón? Y sin embargo, así fué. El justo, el casto José, inconsciente del excelso misterio obrado en María, apercíbese ¡ay! con harta claridad y hartó pesar, de la preñez de su esposa; conoce que no por obra de él, ésta se halla embarazada de un hijo. De ahí el tropel de angustiosos pensamientos que vienen á abrumar su espíritu; el sin número de espantosos fantasmas que cruzan por su exaltada fantasía; y ya en medio del dolor que oprime su corazón; en medio de la inquietud que devora su alma; en medio de la amargura que embarga todos sus sentidos, resuelve (¡oh que resolución tan dolorosa!) abandonar á su esposa, dejarla, acaso sumida en la miseria, en la indigencia, entregada enteramente á los padecimientos.

En vista de tal ejemplo, amados hermanos, ¿tuvierais aún la osadía de dirigir vuestras quejas contra Dios, porque os prueba con los infortunios y os aflige con las enfermedades; porque no secunda vuestros deseos? ¿Pudierais todavía enojaros contra Él, después de haber visto de qué manera se condujo con su Madre y con su padre putativo y custodio?

Mas ¿qué sucede entretanto? La Virgen, esa celestial Espinalba, que florece entre las espinas, y en medio de los obstáculos que rodean su corazón, germina, produce una flor, y esa flor es la confianza en el Altísimo. Entregada enteramente en las manos de Dios, solo de Él espera el aliento, el consuelo y el remedio. Ella ve la ansiedad de su amado José; mas, confiando en Dios, enmudece. Ella conoce que se halla á punto de ser olvidada y abandonada de su fiel compañero; mas, su firme confianza la hace esperar el auxilio. Y por eso, desde el fondo de su corazón, sólo á Dios dirige su fervoroso ruego, cierta de que como Él hizo ya respecto de Elisabeth, hará conocer á José los soberanos misterios.

¿Qué decís, pues, almas cristianas, ante unos ejemplos tan luminosos? ¿qué significa vuestra propia confianza en el auxilio del cielo, en comparación de la confianza de María? ¡Ah! nuestra flor está marchita y languidece! Nosotros somos igualmente unas Espinalbas, pero harto estériles, despojadas absolutamente de hojas, de flores y de frutos. ¡Ah! si al menos esta vez tratáramos de asemejarnos á tan sublime modelo, ¿cuán claramente experimentaríamos en el acto, cuán grato, cuán bueno, y cuán consolador es el confiar en el Señor! *Bonum est confidere in Domino* (Ps. cxvii, 8). Bien así lo entendió María, cuando tranquilizado José por el celestial mensajero

acerca del sublime misterio obrado en Ella, vió brillar nuevamente sobre el rostro de aquél la alegría y la paz, oyó las alabanzas y las bendiciones que dió por ello al Señor, experimentando de esta suerte la bondad de Aquel, que ha prometido todo bien á quien en Él confía y se echa en sus brazos amorosos. Y entónces fué cuando, cual celestial Espinalba, convirtió sus flores en fruto el más suave y abundante.

Y aún no es éste, mis amados hermanos, el solo efecto que experimenta aquel que confía en el Señor. La fé, la confianza en Dios, no es solamente el origen de todo bien, sino que es, al mismo tiempo, el remedio para todo mal. ¿Habeis visto alguna vez, hermanos míos, al hombre que desconfía de Dios, bajo el peso de sus infortunios? ¡Ay! ese hombre es el sér más miserable de la tierra; es un espino, pero no de color blanco; es una Espinalba, mas no florida; es un tronco, pero no fructífero. Si está enfermo, sólo se fija en sus crueles dolores; si es émulo, sólo atiende á sus terribles sospechas; si es avaro, sólo se alimenta de incesantes temores. Y entónces, donde quiera que vuelva su mirada, no observa más que motivos de sobresalto. Aflígenle el cambio de estaciones, las inclemencias del cielo, las olas del mar. Teme durante el día, tiembla durante la noche, odia el saludo del prójimo, irritale el desprecio, maldice su propia vida, á la vez que le horroriza la sola idea de la muerte. Su mirada es adusta, su aspecto repugnante y sus ademanes salvajes; en su rostro ostenta el sello del pesar, de la inquietud, de la desesperación y de la muerte. Alejado de Dios, abandonado enteramente á sí mismo, confiando solamente en sus propias fuerzas, ese hombre no puede ménos de gemir bajo el grave peso de sus iniquidades, de acobardarse, en presencia de los peligros, de ser víctima infeliz de la desdicha y del pesar. ¡Digno castigo de su iniquidad!

Por el contrario, mis amados hermanos; el hombre que espera en su Dios Salvador, aunque se halle en medio de los más tremendos infortunios, es el sér más feliz de la tierra. Cual Espinalba espiritual, sus espinas están cubiertas de flores; esas flores producen frutos en abundancia; y esos frutos le hacen resplandecer como el sol en el mediodía; pues tal es la propiedad de la maravillosa Espinalba: producir frutos del más deslumbrante esplendor.

¡Ah! contempladle, pues, á ese hombre afortunado, que confía en su Dios; ¡oh! en medio de las espinas que le rodean, la paz inunda su corazón, la alegría brilla en su semblante, y por todas partes respira consuelo y bienandanza. Si algún mal rebelde le tiene postrado en el lecho, ese hombre se alegra, porque le es dado imitar á su di-

vino Salvador clavado en la cruz, y sufre con paciencia por la esperanza de que Dios se moverá á compasion. Si es víctima de alguna atroz calumnia, recuerda á su Jesús calumniado por los mismos Judios, y de Él espera con resignacion el triunfo de su inocencia. Si una mano rapaz, ó alguna imprevista desgracia le arrebatan sus bienes y le reducen á la miseria, no sabe hacer otra cosa que exclamar como Job: el Señor me dió esos bienes, y el Señor me los ha quitado; bendito sea, pues, su santo Nombre, y reconocido sea su amor. Y prosigue diciendo: el Altísimo no me abandonará, no, ciertamente. Y entónces, siendo ya cual inconmovible escollo en medio de las olas, no teme la tempestad, porque el Señor le socorre. Ya no le conmueven los torbellinos, ni le abaten los vientos, ni le intimidan las aguas: él camina con planta firme, porque se siente armado de una fortaleza celestial. ¡Ah! y cómo enamora su mirada! y cómo cautiva su semblante! y cómo regocija su actitud! Su vista se dirige al cielo con modestia, la sonrisa asoma en sus lábios cual señal de paz, y en toda su persona se nota aquella compostura que distingue á la virtud. Con solo mirarle, diriais, que es un sér celestial, un ciudadano de las eternas mansiones.

Y sin embargo, de nosotros depende exclusivamente, hermanos míos, el disfrutar de tales delicias. Condenados á vivir en un lugar de destierro, en un valle de lágrimas, rodeados siempre de innumerables enemigos, que han jurado nuestra pérdida; sujetos á las miserias de una vida caduca, al fraude, al engaño, á las injusticias, á las persecuciones de hermanos desnaturalizados; ¿qué nos resta, pues, más que volver nuestra mirada hácia el punto de donde puede solamente descender el auxilio, el consuelo, el refrigerio? ¿qué otra cosa nos resta, más que invocar á Aquel, el cual da la firmeza á la mano de Abrahan en el momento mismo en que iba á descargar el golpe sobre su inocente hijo? á Aquel, que estaba preparando el sólio de José, precisamente, en el acto mismo en que la inicua injusticia le había condenado á la cárcel; á Aquel, que libraba á Susana en el instante mismo en que la más atroz calumnia la acababa de reducir al último extremo? ¡Ea, pues, carísimos hermanos! volvamos ya hácia Dios los pensamientos, las miradas y las voces, si es que deseemos pasar esta miserable vida en medio de la tranquilidad y de la paz. Hé aquí quien nos dió de ello el ejemplo; hé aquí á quien debemos asemejarnos.

¡Oh mística flor de los campos! oh siempre bella y siempre florida Espinalba! oh Tronco siempre encendido y siempre fructífero! ¿qué alegría no inundaba vuestro corazón en medio de todos los males,

en los padecimientos y en las tribulaciones que debisteis sufrir en esta tierra de destierro? Nosotros la hemos visto, hermanos míos, en el terrible trance de verse abandonada de su esposo José; mas, en medio de una prueba tan cruel, capaz de aplastar á todo corazón, Ella no se aflige, Ella no se perturba: siente la inquietud de su esposo; mas, en cuanto á sí misma, su alma reposa enteramente en las manos de Dios; confía en el auxilio del cielo; tiene por seguro el triunfo de la inocencia; no teme en manera alguna perder la tranquilidad y la alegría de su corazón. Si despues de tranquilizado su esposo por el nuncio angélico, sobreviene una nueva causa de afliccion y de pesar, María da igualmente nueva prueba de confianza y de fé. José, su amado esposo, le ordena la inspirada partida para la tierra de Egipto. ¡Dios mío! ¿y qué nuevas espinas no fueron esas para el corazón de María? La noche estaba ya avanzada; nada había preparado para el viaje; faltaba todo recurso para el necesario sustento; el país hácia el cual debía María dirigirse, le era enteramente desconocido; y hasta ignoraba el camino que á él conducía; tales, en suma, eran las circunstancias, capaces de arredrar al ánimo más osado; mas Ella no desmaya, no se entristece: entre las innumerables espinas que parecen oponerse á su paso, crece una flor que la consuela, la confianza en el Altísimo. El cielo ha ordenado el viaje, el cielo, pues, va diciendo Ella en su interior, suministrará los medios convenientes. Y una vez en Egipto, siendo desconocida é ignorada de aquel bárbaro pueblo, oprimida por su poder, su ánimo tampoco decae por ello, no se entrega á la zozobra. Tiene puesta su confianza en Dios, y eso le hace dulce toda amargura, todo pesar.

Y no me digais aquí, carísimos hermanos, que María, teniendo á Dios consigo, podía esperar de Él todo bien. ¡Oh! también tenemos á nuestro Dios, y lo tenemos con nosotros con aquella infinita inmensidad con la cual llena todo lugar; lo tenemos con nosotros con aquel amor, con el cual no cesa un instante de amarnos; lo tenemos con nosotros, acaso mejor que no le tenía María en Egipto; le tenemos con nosotros en el Sacramento, cuando nos acercamos á su divina mesa. Si en medio de nuestras aflicciones, en los peligros, en las enfermedades y en los padecimientos, no le vemos propicio, la culpa es enteramente nuestra; es, que no confiamos en su auxilio: sí; nuestra es la culpa si somos unas Espinalbas cuyas flores están todas marchitas.

Confianza, pues, hermanos míos; tengamos una firme confianza en nuestro Dios, y entónces nosotros, á semejanza de María, experimentaremos igualmente, cuán dulce es confiar en el Señor, toda vez

que la confianza es verdadera fuente de bien, que los males no tienen poder alguno sobre el corazón de aquel que confía en Dios.

Si el ejemplo de nuestra Madre María no bastara aún para movernos, muévanos siquiera la experiencia del pasado. ¿Qué bienes nos proporcionó jamás nuestra desconfianza? En la pobreza, en las tribulaciones y en las desgracias, ¿qué consuelo pudo ofrecernos nuestra desconfianza? ¡Insensatos! y ¿no fué, acaso, ella la que vino á agravar inponderablemente nuestros males? ¿No fué ella la que nos hizo mil veces más desdichados en nuestra desdicha misma? ¡Ah! no neguemos tal verdad, mis amados hermanos, ántes bien tomemos de ella enseñanza para confiar en el Señor. En este miserable valle de lágrimas, no cabe sobre ello duda alguna, los males nunca faltan; y son esos unos males terribles, supuesto que ellos son el efecto de la justicia inexorable de mi Dios; porque ellos son fruto del furor del infierno; porque son producidos por el odio y la envidia de nuestros enemigos mismos.

Empero, si nosotros, en medio de todos esos males, dirigimos nuestra mirada al Altísimo; si confiando en Él y en su amor, recibimos el remedio y el auxilio; entónces, dado que no veamos desaparecer enteramente esos males mismos, podremos arrostrarlos con tal valor y denuédo, tal alegría y conformidad, que aún llegaremos á considerarlos como bienes inestimables, como un objeto que se codicia, como si fueran la vida y el sostén de nuestra alma y de nuestro corazón. ¡Ah! sí, lo repito nuevamente: confiemos en Dios; confiemos en María. ¿Somos, acaso, desgraciados? En medio de nuestra desgracia hallaremos un consuelo, si confiamos en Dios y en María. ¿Somos débiles, por ventura? En nuestra debilidad misma hallaremos un sostén, si dirigimos nuestros ruegos á Dios y á María con confianza. ¿Nos vemos oprimidos? Por medio de la confianza en Dios y en María nos veremos librados y á cubierto de nuestra opresión. De esa suerte, serán desbaratadas las maquinaciones de los impíos, descubiertas las calumnias de los malvados, y castigada la osadía de los poderosos; y, por nuestra parte, humillaremos á los enemigos, resistiremos los asaltos, y alcanzaremos la victoria, si en la confianza estriba la fortaleza de nuestro corazón. ¡Oh! implorémosla, pues, esta confianza; implorémosla á los piés de María; implorémosla de aquel corazón el más amoroso y clemente.

Sí, ¡oh María! vednos en este instante á vuestras plantas, dando al olvido toda inquietud de nuestro corazón. Nos sentimos oprimidos, es verdad, estamos llenos de amarguras; mas de Vos esperamos el triunfo y el sosiego... ¡Ah! qué desdicha la nuestra, por no habernos

acordado de Vos en medio de nuestros infortunios, por haber en ellos confiado demasiado en nuestra propia insensatez! Al ménos, desde este instante, iluminad, ¡oh María! nuestro entendimiento, á fin de que, aleccionados con nuestra propia experiencia, fortalecidos con vuestro ejemplo y con vuestra gracia santísima, comprendamos de una vez, que no nos resta en este valle de lágrimas otro consuelo que la confianza en Vos y en vuestro querido Unigénito. Haced que esa confianza nos acompañe en todos los instantes de nuestra vida; y así, nosotros, siendo espirituales Espinalbas en el jardín de la Iglesia, veremos brotar con abundancia las flores en medio de las espinas de nuestras tribulaciones; y gracias á esta confianza, alcanzaremos de nuestras congojas el más solemne triunfo.

DIA CATORCE.

EL ESTRAMONIO,

Ó SEA:

LA NECESIDAD DE LA ORACION.

Sine intermissione orate.
Orad sin intermision.

(I. TESAL. V, 17.)

Un olor suave, un perfume aromático, en cuya comparacion nada vale el incienso, el cinamomo y la mirra, nos está indicando en esta noche la proximidad de una planta la más lozana y feraz. En vano paseo mi mirada en torno de la deliciosa llanura, me acerco á toda planta, á todo arbusto, y á toda flor; en parte alguna puedo aspirar tan suave fragancia. Luégo me dirijo hácia la cumbre del vecino collado, hácia la cumbre del monte misterioso, y entónces, el siempre creciente perfume me anuncia, que allí, en efecto, tiene su residencia la planta de la suave fragancia. No sufriendo ya mi impaciencia